

placeres y su reposo. Salir de su condición por el estudio y por el ahorro, por la riqueza intelectual y por la riqueza material, estas dos barreras que separan la clase obrera de la burguesía; y que son traspasadas, por otra parte, en un sentido o en el otro, por buen número de obreros enérgicos e inteligentes, y por buen número de burgueses incapaces y viciosos. En Springfield, en el Estado de Massachusetts, durante una huelga de carpinteros, un joven obrero que rehusaba tomar parte en ella, amenazado por sus compañeros, les respondió: «Yo seré capitalista; no me pidáis entrar en lucha contra la clase a la cual perteneceré, tarde o temprano». Cumplió su palabra; algunos años más tarde, abría un modesto taller y salía definitivamente del proletariado, al cual, en realidad, no pertenecía, por su energía, su hábito de ahorro, y por su perseverancia». Por estos saludables y viriles consejos fué por lo que dije en el encabezamiento que el trabajo del Doctor Michaud debiera titularse una lección de energía. Amonesta a los de arriba y estimula a los de abajo. A los primeros les advierte el peligro del «atavismo, que se halla latente entre nosotros, y que no espera sino la ocasión propicia para obrar»; y a los segundos les hace ver la falacia de esa idea de igualdad, que hace caso omiso de los merecimientos. «Las democracias modernas, aun las más avanzadas, Suiza, y los Estados Unidos, verbigracia, cuentan los hombres; no han llegado aun a *pesarlos*; y como las masas obreras son incomparablemente más numerosas que los espíritus sobresalientes, el Estado mejor organizado, bajo la presión del número, adopta una serie de medidas fiscales que tienden todas a enriquecer al pobre y a empobrecer al rico. Todas parecen encaminarse a un mismo fin: la igualdad entre los hombres. ¿Ese fin es deseable? Notemos desde luego que es irrealizable. Siempre será imposible encontrar dos hombres que sean iguales. En nada lo serán; ni en tamaño, ni en peso, ni en fuerza, ni en salud; ni en energía, ni en inteligencia, ni en saber, ni en honradez. Sólo nuestras repúblicas modernas consideran a veces a los hombres, como si fueran iguales. Sin embargo, en todas las ocasiones en que es necesario que el *buen éxito* remate la empresa, en que es necesario *vencer*, se les tiene por muy desiguales; entonces, ya no los *cuentan*, sino que los *pesan*. En el momento de tomar una decisión importante, los directores de una fábrica o de una casa comercial, podrán muy probablemente consultar a algunos de los empleados superiores; pero a buen seguro no se les ocurrirá pedir su opinión al empleado encargado de barrer las oficinas, porque se trata de *acertar*.

En la víspera de la batalla, el General en Jefe consultará a su Estado Mayor, pero se abstendrá de hacer votar a sus soldados, porque los oficiales superiores son superiores a los soldados en inteligencia y en saber, y se trata a toda costa de *vencer*.

Todas estas cosas debiera meditarlas nuestra clase obrera. Parece que pone toda su fe en la política; en llevar al Congreso diputados, para alcanzar todo su bienestar. De ningún modo es objetable que trabaje por tener representación en el Congreso, la que corresponda a la clase, según su número e importancia social. Pero sería de desear que el calor y entusiasmo de la época electoral se emplearan todo el año en labores de mejoramiento individual y colectivo, fuera del campo de la política. El hombre hecho a sus puños vale infinitamente más, moral, intelectual y económicamente, que el parásito del Estado, que el hijo de familia del régimen paternalista de gobierno. Por mucho socorro que dé el Estado a una clase, nunca equivaldrá, en definitiva, salvo que constituya una excesiva expoliación del dinero de las otras clases, al producto de un modo de ganar la vida, basado en el desarrollo propio de las facultades individuales, llevado a su más alta intensidad, y en el sentimiento de que no se puede malbaratar lo que representa años de dura preparación y es fruto de la pena diaria, cuando ésta es nuestra única protectora. Si el que suda no procura que el sudor le rinda y no guarda, el que no suda menos producirá y menos guardará. La austera disciplina impuesta a uno mismo, es lo que vale. El consejo que da el doctor Michaud a sus compatriotas, es muy digno de ser seguido:

«En muchos hogares americanos se ve una estampa delante de la cual a menudo he permanecido en actitud pensativa. Representa a Abraham Lincoln, no el Presidente, sino el leñador. El mozo está extendido sobre el suelo, cerca del fuego en que se sazona su frugal cena. Lee, a la luz de la lumbre, para economizar un cabo de vela, uno de los libros que le ayudarán a alcanzar la más alta dignidad de su país. Esa estampa permanece grabada en mi memoria, hasta en sus menores detalles; y cuando veo a un obrero, la cachimba en la boca y la copa en la mano, no puedo abstenerme de decirle, *in petto*: «Amigo mío, podrás ser excelente sujeto, pero obrero eres y obrero quedarás». El obrero que emplea todos sus momentos de libertad en estudiar lo que sabe que habrá de serle útil; el que no vacila en privarse de todo placer, aun de los más legítimos, con tal de reunir un pequeño peculio, aurora de su independencia futura, puede esperar todo del por-

venir. El que pasa sus noches en la taberna o en los corrillos de los clubs escuchando o profiriendo amenazas contra el *infame capital* pierde su tiempo, por no decir otra cosa».

Los que pertenecen a la clase que aquí llamamos alta, harían bien, del mismo modo que los obreros, en meditar las ideas del Doctor Michaud. Separándose él de la rama de los evolucionistas que, como Spencer y los neo Lamarckianos, creen en la transmisión de los caracteres adquiridos por el individuo, es de pensarse que, aunque no lo dice, está por la teoría de que los seres más aptos, para la lucha por la existencia, deben su excelencia a cualidades congénitas, producidas por la ley de la variación, en ellos o en los antecesores, o por otras causas, pero distintas de la modificación recibida, de una manera artificial, desde afuera, por los antecesores. El hombre inteligente y de carácter, trasmite esas condiciones excepcionales a sus hijos, pero el padre educado no trasmite esa cualidad al hijo. En otros términos, entre los hijos de dos padres inteligentes, pero de los cuales el uno es de inteligencia cultivada y el otro de inteligencia yerma, no hay ventaja ni desventaja para ninguno. Esta ley biológica pudiera dar pie al orgullo de las clases altas, para la pretensión de que la superioridad distintiva de ciertas familias, se trasmite de generación en generación. En ese supuesto racionan las aristocracias; pero las más de las veces yerran, por no tener en cuenta las calificaciones que acompañan la dicha ley. El hijo de un hombre eminente puede tener una madre inferior, producto de una selección a la inversa, o puede reproducir el tipo de un antecesor adocena-

Repertorio Americano

Antología de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por

GARCÍA MONGE Y CÍA.,
EDITORES

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	€ 0-40
La serie trimestral (6 entregas), pagada por anticipado y solici- tada a la Administración...	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)...	3-00 » »
La página de avisos, por in- serción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.